

# BEBÉS "IN VITRO"

**Manchester.**—El camino que lleva a las fábricas de niños previstas por Aldous Huxley en «Un mundo feliz», escrito en el 32, quizá pase por la Cumberland avenue de Ather-ton, un barrio de las afueras de Manchester, en el que todo parece nuevo, las casitas de ladrillos rosados, los automóviles, los televisores, los jardincillos tan bien ordenados que parecen de mentira. Porque en el número 32 de la Cumberland avenue viven Sylvia y Kenneth Allen, que quizá serán los primeros cónyuges que tengan un hijo concebido en una probeta, un hijo suyo, carne de su carne, pero concebido fuera del cuerpo materno, en un laboratorio.

El saloncito de los señores Allen es aireado, lindo, sin un grano de polvo, de colores vivos. Hay alegres butacas amarillas; sobre una mesilla, estatuillas conseguidas por Sylvia y Kenneth en campeonatos de bolos para aficionados, flores, libros de jardinería y otras obras de consulta, como «El método para dejar de preocuparse y empezar a vivir». Hay también una gran sensación de vacío, o de espera; se nota que aquí falta, como dicen los ingleses, «el alegre pataleo de un par de piecillos desnudos».

El drama de los cónyuges Allen es ya conocido de todo el mundo. Sylvia Allen, treinta y cuatro años, casada desde hace siete, ex instrumentista de saxofón en la famosa orquesta femenina dirigida por Ivy Benson, sufre de una de las formas más corrientes de infertilidad (común, se calcula, a un 30 por ciento de las mujeres estériles): sus trompas del útero, de donde bajan los óvulos, están obstruidas y la fecundación es imposible. A este banal error de la naturaleza está tratando de poner remedio un pequeño grupo de pioneros de la medicina inglesa, capitaneados por el doctor Edwards, de la Universidad de Cambridge (que trabaja precisamente frente al laboratorio en el que, en 1934, Rutherford consiguió dividir el átomo); el ginecólogo Patrick Steptoe, del hospital general de Oldham (Manchester). Los citados científicos se han propuesto hacer lo siguiente: sacar óvulos del seno de una mujer y semen masculino para formar un embrión sano, cultivar el embrión en probeta hasta que alcance cierto grado de maduración y, finalmente, plantarlo en el útero de la mujer para su gestación normal. Este proyecto de «ingeniería genética» atraviesa todavía una fase bastante in-

Por FRANCESCO RUSSO

cierta, pero Sylvia tiene grandes esperanzas.

Cuando llego a casa de los Allen me encuentro con una periodista del diario local que está saliendo; después de dar unos cuantos pasos, la periodista se vuelve, llama a la ventana y hace una última pregunta: «¿Tienen ya habitación para el niño?». «No, todavía no». «¿Han pensado ya en cómo va a llamarse?». «No». «¿Quieren que sea niño

o niña?». Kenneth Allen, un joven simpático, sencillo y directo, que trabaja como «vendedor de seguros e inversiones», lanza un profundo suspiro. «En los últimos días nos hemos visto literalmente asediados por la prensa. Las llamadas de teléfono han comenzado incluso antes de que terminase el programa de televisión "Horizon", en el que se hablaba de nosotros. Esta calle se ha llenado de automóviles; de todos

«Estamos dispuestos a tener ese hijo, cueste lo que cueste», ha declarado Kenneth Allen. En la foto, junto a Sylvia, su esposa, durante el programa «Horizonte», de la BBC.



los rincones del mundo han venido a vernos periodistas, incluso del Japón. Ciertos consorcios periodísticos nos han llegado a ofrecer cien mil libras esterlinas por los derechos exclusivos de nuestra historia; hemos rechazado todas las ofertas (aunque no somos ricos), porque no queremos que se nos considere como una curiosidad de barracón. La visita de los fotógrafos, que casi se pegaban para conquistar las mejores posiciones, ha provocado en mi mujer un estado de "shock" nervioso, con la consecuencia de que ha tenido que tomar importantes dosis de sedantes. ¿Oye cómo chirría este suelo, que es nuevo? Es por la enorme cantidad de periodistas que han pasado por aquí. Y no hablemos de las cartas venenosas, de las llamadas de teléfono insolentes que hemos recibido. Pero también las de aliento, aún más numerosas. En resumidas cuentas, hemos decidido escaparnos el próximo fin de semana para tener un poco de paz».

La señora Allen es una mujer muy graciosa: tiene cabellos de un color rojo pastoso, ojos grandes azul claro, que parecen indicar un origen irlandés. «Yo nací en la cercana Salford —me dice—, pero mis abuelos eran de Dublín». Su marido es de Leicester. Ambos son anglicanos. No temen haberse prestado para un experimento contrario al espíritu de la religión cristiana. «¿No es la procreación el fin del matrimonio?», me pregunta Kenneth. Y yo le pregunto a la señora: «¿Confía usted plenamente en que la ciencia conseguirá hacer su deseo realidad?». «Si —contesta—, creo que lo conseguiré». No tengo el valor de preguntarle si es consciente del peligro que corre apostando con tanto ímpetu emotivo por el éxito de un experimento que los propios científicos de Oldham consideran bastante aleatorio. Es evidente que esta esperanza llena ahora la vida de los esposos Allen. Llevan siete años casados y cinco pidiendo ayuda a la ciencia para poder tener hijos. Sylvia se ha sometido a seis operaciones para poder ser madre (las cuatro últimas en el marco del experimento de Oldham). Me habla de las profundas crisis de depresión que ha atravesado, de lo que ha sufrido. Ahora le parece estar investida de una misión, se siente responsable de todas las mujeres que se encuentran en una situación análoga a la suya. «Pero —precisa— quizá no sea la primera que tenga un hijo con la nueva técnica. Las parejas



**Sylvia Allen, inglesa de treinta y cuatro años y casada, se ha prestado al experimento: los doctores Steptoe y Edwards extirparán un óvulo suyo, que una vez fecundado volverá a ser trasplantado al útero para que en él prosiga normalmente su desarrollo.**

que participan en el experimento son, en realidad, cincuenta, procedentes de distintos lugares de la Gran Bretaña, desde Gales hasta Escocia, y yo no estoy segura de ser la primera llamada a recibir un embrión maduro».

La pregunto que cómo es que decidió prestarse para el experimento. «El pasado mes de marzo —me dice— vi por televisión un programa en el que el doctor Steptoe ilustraba sus investigaciones. Inmediatamente le escribí una carta (en esto no hubo discusión alguna entre mi marido y yo misma; estábamos completamente desesperados), y algunos días después su secretaria nos telefonó para concertar una cita. Las operaciones para la extracción de óvulos son sencillas, mucho más sencillas que la extracción de un diente, por ejemplo. La implantación del embrión sano en el seno materno será todavía más fácil, porque no habrá siquiera necesidad de una operación quirúrgica».

Pregunto a los Allen si el doctor Steptoe les explica los aspectos científicos del experimento. Es Kenneth el que contesta: «El doctor Steptoe es un hombre muy reservado, reticente, pero nos tiene, más o menos, al corriente del experimento».

### **Las convicciones de Steptoe**

La tentativa que se está llevando a cabo en Oldham ha levantado muchos entusiasmos, pero también protestas: a algunos, el experimento les parece inhumano, repugnante. Pero la señora Allen arguye: «La ciencia nos ayuda simplemente a hacer lo que la naturaleza hace en el seno de la madre. Por otra parte, ¿no interviene continuamente la medicina en la corrección de los errores de la naturaleza? Es muy sencillo: tenemos un deseo muy fuerte y muy humano, el de tener un niño, y por eso hemos recurrido a la medicina. Nosotros no criticamos los motivos que impulsan a las mujeres a recurrir a la medicina para abortar; ¿por qué entonces habría que criticárseme a mí por recurrir a la medicina para poder ser madre? Si una operación quirúrgica desbloquease mis trompas de Falopio nadie encontraría nada que objetar; sin embargo, la idea de que el obstáculo existente para la concepción se supere en el laboratorio horroriza a muchos. Yo pienso que son reacciones irracionales».



# el mejor de los bebés

Por MARIELLA RIGHINI

Paris.—Desde ese día de marzo de 1969 en que Sylvia Allen, la esposa estéril, conoce, a través de la pantalla de su televisor, al doctor Steptoe no deja de bullir en su cabeza la idea de servir de cobaya. Este primer contacto será seguido muy pronto por otros *in vivo*. Está decidido. Será ella quien dé a luz al primer bebé trasplantado. Empieza la serie de experiencias. Sometida a un tratamiento hormonal de choque, dócilmente, Sylvia Allen se pone a «super-ovular». Y lo hace con generosidad: en el curso de cuatro operaciones se le sacan unos treinta y seis óvulos. Se los hace madurar totalmente. Luego son introducidos en una probeta, en la que hay una especie de caldo «conyugal» de espermatozoides. Éxito: dos óvulos han quedado fecundados. Los óvulos son enviados inmediatamente a Cambridge. Cuatro horas de coche. El doctor Edwards, que los examina a la llegada, está satisfecho.

Mientras espera el momento en que el doctor introduzca ordenadamente en el útero los óvulos fecundados, la madre-probeta, feliz y esperanzada, concede entrevistas. «No es más que una pequeña operación», declara en la televisión. «Existe un riesgo, naturalmente, pero estoy decidida a afrontarlo». Ha elegido entre la certeza de no poder ser madre y el riesgo de dar a luz a un monstruo. Y no ha cambiado de parecer a pesar del martirio psicológico de que está siendo objeto desde que anunció su futura hazaña.

Efectivamente, existe riesgo. Lo han precisado especialistas de todas las nacionalidades:

«La fecundación —observa un médico biólogo, profesor de la Universidad de París— es un momento de los más delicados. Este momento privilegiado que interesa al espermatozoide y al óvulo, exige la perfecta normalidad de los dos elementos y de las condiciones de realizaciones rigurosamente precisas. La ida y vuelta entre el organismo y la probeta, las manipulaciones *in vivo* e *in vitro*, las cuatro operaciones sucesivas —extracción del óvulo, maduración en medio artificial, fecundación en tubo de ensayo y trasplante en el útero— introducen una multitud de factores de trastornos imprevisibles. A hora bien, las anomalías cromosómicas resultantes de un «error» de fecundación son extremadamente graves. Y, en la mayor parte de los casos, incompatibles con la vida. Los niños vivos llamados anormales son, en realidad, los menos afectados. Su malformación se produce más tarde, hacia el segundo mes del embarazo. Afortunadamente, los embriones «fallidos» rara vez llegan a nacer. La naturaleza procede a la eliminación espontánea de los «mal concebidos». Si la fecundación se produce *in vitro*, el médico «fecundador» sustituirá el mecanismo corrector natural. Cuando uno se concede a sí mismo el derecho de dar la vida —con el riesgo inherente de dar vida a seres anormales— no puede privarse del derecho de quitarla, llegado el caso».

## El adulterio «in vitro»

Los investigadores británicos han previsto, naturalmente, todo

Pregunto: «¿Le gustaría tener más de un niño con el método elaborado en Oldham?».

«Sí, pero debo tener presente, sin embargo, que estos métodos cuestan mucho a los servicios sanitarios nacionales. Entre otras cosas, hace falta un tratamiento a base de medicinas fertilizantes que cuesta cien libras. Además, si el experimento tiene éxito, serán muchas las mujeres que quieran seguir el mismo método para ser madres. Además, el sector ginecológico de los servicios sanitarios nacionales sufre escasez de médicos y de enfermeras, incluso para las operaciones de aborto, de las que existe cada vez mayor demanda después de la nueva ley sobre el mismo».

Pocas horas después, por la tarde, el hombre que está en el centro de todas las controversias suscitadas por los experimentos, el doctor Steptoe, rompe inesperadamente el silencio y convoca una conferencia de prensa en el hospital de Oldham. Es un hombre gordito, vestido con esa corrección no rehída con la solemnidad, tan característica de los médicos ingleses; habla con tranquilidad, aunque con firmeza. «Creo que estamos enfrentándonos al problema de modo que no llegue a presentarse ninguna dificultad de orden moral —dice Steptoe—; todo lo que estamos haciendo es echar una mano a aquellos pacientes que quieren tener hijos y que no pueden tenerlos por vía natural. No creamos vida, tan sólo hacemos de parainfos, en el sentido de que tratamos de reproducir las condiciones normales en que el semen masculino y los óvulos femeninos llegan a reunirse. Además, la ciencia sustituye a la naturaleza sólo por muy breve tiempo. No puedo creer que alguien tenga seriamente la intención de conseguir la suspensión de nuestro trabajo. Comprendo las objeciones morales relacionadas con el posible desarrollo del feto en el exterior del organismo humano, o la cuestión de la elección del sexo, pero no veo cómo una crítica de tipo normal pueda dirigirse contra el campo más bien restringido de nuestras investigaciones. En cuanto a las críticas formuladas por los científicos de Sheffield (el doctor Douglas Bevis, de la Universidad de Sheffield, ha declarado: «En la fase actual de nuestros conocimientos, la implantación de un óvulo fertilizado en el seno materno es imposible»), con todo el respeto que se le debe, tengo que decir que conocemos perfectamente nuestras dificultades, pero que estamos a punto de superarlas. Un problema muy importante es el de conseguir que el seno materno «acepte» el óvulo fertilizado en el laboratorio y que lo alimente. El segundo problema

lo constituye la posibilidad de que las criaturas concebidas en el laboratorio presenten anomalías o malformaciones. No correremos riesgos, no jugaremos con la vida humana; estoy convencido de que el primer ser humano producido en colaboración entre el laboratorio y el útero materno («test-baby») nacerá antes de mil novecientos setenta y uno».

Para los científicos de Oldham, el problema es, sobre todo, administrativo; para la segunda fase del experimento se necesita un aparato que cuesta cien mil libras esterlinas y que sólo se fabrica en Estados Unidos. Quizá por esto les beneficie toda la publicidad que se está dando al caso, que puede servir para que las autoridades sanitarias reconozcan la prioridad y urgencia de sus investigaciones.

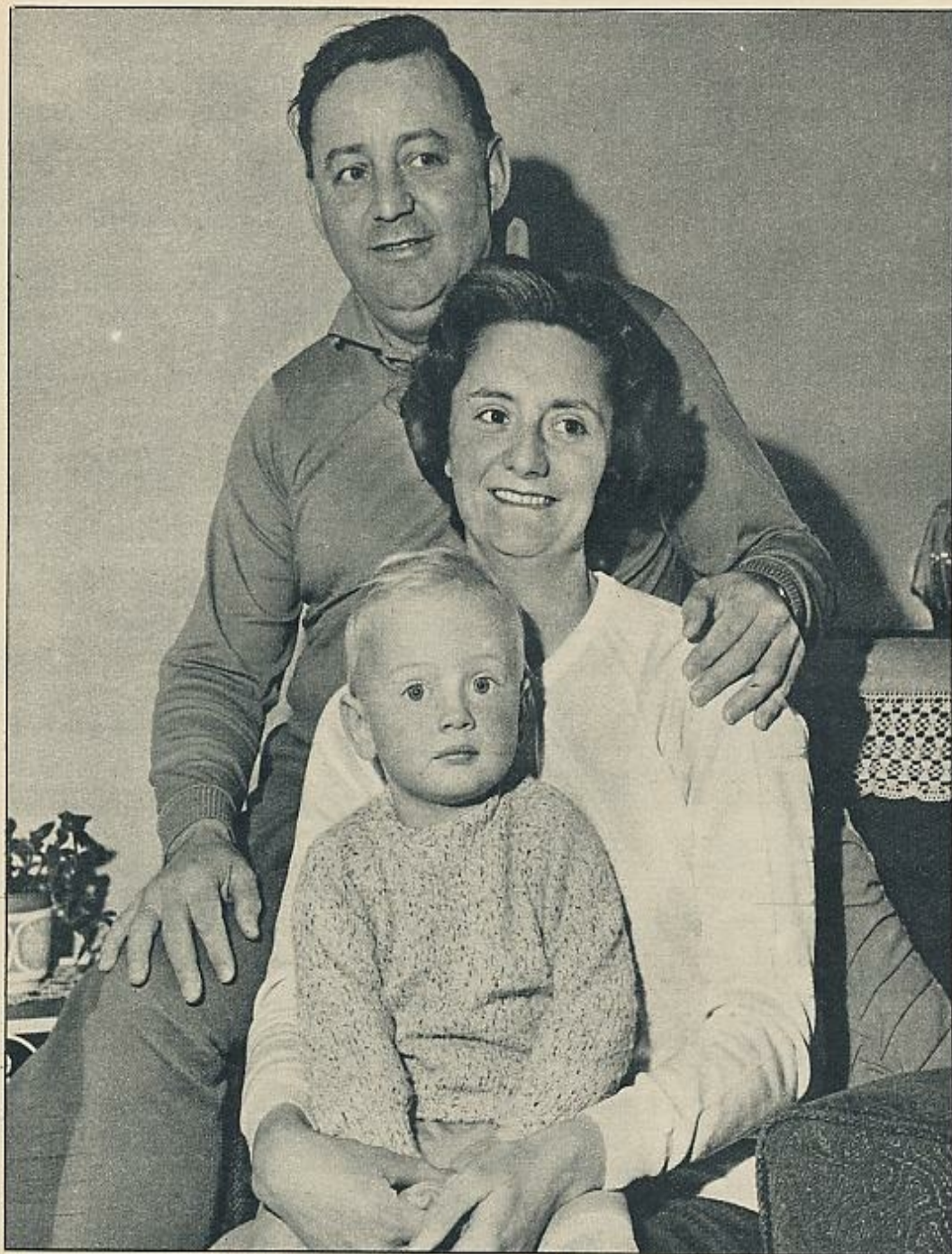
Sin embargo, esta imprevista publicidad ha tenido también sus efectos negativos sobre los principales interesados: en la prensa y en ciertos ambientes, el experimento ha estimulado ciertas fantasías científicas y futuristas bastante siniestras.

## Se piensa ya en el futuro

Todos estos ejercicios, propios de la «ciencia-ficción», se basan en el hecho de que las nuevas investigaciones dejan prever que será posible seleccionar el sexo de los hijos y producir ejemplares genéticos iguales (se han conseguido ya en el laboratorio ranas perfectamente iguales).

Un libro publicado últimamente («¿El final del siglo veinte?», de Desmond King-Hele, científico de Farnborough) prevé que, hacia finales de siglo, cuando se conozcan mejor las leyes de la herencia, las mujeres podrán elegir, de «banco de niños», embriones confeccionados con óvulos y espermatozoides de sus personajes preferidos y acogerlos en sus senos para tener hijos con las cualidades deseadas. «En cualquier caso —concluye King-Hele—, la posibilidad de seleccionar los embriones podría servir para la mejora de la humanidad».

Lo malo es que la procreación terminaría reduciéndose a una producción de objetos de consumo, con todas sus consecuencias. ¿Qué les ocurrirá mañana a los «niños de fábrica» que carezcan de las cualidades deseadas? ¿Serán rechazados como mercancías averiadas o defectuosas? Fantasías, naturalmente. Quizá tenga razón Sylvia Allen cuando dice: «En lugar de hacer tantas hipótesis, ¿por qué no se piensa simplemente en un hombre y una mujer que quieren tener un hijo?». ■ F. R.



Mrs. Marlene Shephard, su esposo y su hijo adoptivo.  
Otro matrimonio que quiere someterse  
a la experiencia del hijo «in vitro». También son ingleses.

esto. Mediante «tests» bioquímicos sobre los huevos fecundados, se permitirán seleccionar los más aptos para el trasplante. Y destruirán todo lo demás. Después, tras haber controlado el equipaje cromosómico del embrión mediante una serie de punciones uterinas sucesivas, se concederán el derecho de interrumpir, llegado el caso, un embarazo. «El mínimo error administrativo —previene

un biólogo— resultará en el nacimiento de individuos de sexo indeterminado e incluso de monogólicos».

Son éstos los riesgos más previsibles. Los que no pueden concretarse aún pertenecen al terreno de la «ciencia-ficción»... Desde Roma a Nueva York, desde París hasta Sydney, todos los especialistas se muestran de acuerdo en afirmar que la experiencia es

prematura. Puede tener éxito y dar como resultado el mejor de los bebés, pero puede también resultar en el peor de los monstruos.

Lo que repugna a los médicos no es el aspecto «Barnard», del profesor Barnard, de Steptoe, de Edwards y de Davidser, ni sus deseos de publicidad, ya que el anuncio del plan de trabajo y la publicación de los resultados es

## Entre la certeza de no ser nunca madre y el riesgo de dar a luz a un monstruo, una mujer ha elegido.

una práctica corriente en Gran Bretaña.

Tampoco es el aspecto «profesor Petrucci» de la experiencia lo que les inquieta. Todo esto no tiene nada que ver con los juegos de aprendiz de brujo a que se dedicó el «sabio» italiano. El doctor Edwards lleva bastante tiempo practicando la fecundación *in vitro* de conejos, ratones, ovejas y vacas, y su trasplante *in vivo*. Ya ha visto nacer muchos «conejos-probeta». Todos fueron el vivo retrato de sus padres. Por otro lado, el doctor Edwards ha procedido con bastante frecuencia a la inseminación artificial de óvulos humanos proporcionados por el doctor Steptoe. De un total de cincuenta y seis óvulos así «tratados», treinta y cuatro han sido fecundados. De aquí a tres semanas se habrá dado el último paso: los tres «jóvenes turcos» británicos de la fabricación genética habrán rizado el rizo.

Pero la rapidez de su decisión ha alarmado a los especialistas y ha preocupado a los moralistas. En el caso Allen se procede a la unión, en probeta, de los gametos de una pareja «legítima». Por eso, aún no se ha pronunciado la condena sin posibilidad de apelación del Vaticano de un acto tan «contra natura». En tanto que no se consuma un «adulterio *in vitro*», la postura de la Iglesia seguirá siendo «matizada». Pero nada impide al óvulo de la mujer fornicar en la probeta con el espermatozoide de un amigo, ni al espermatozoide del marido penetrar en el óvulo de una vecina, ni tampoco que dos gametos de donantes anónimos se encuentren allí por casualidad... —>



## Los bebés de la élite

En el caso de la pareja de Manchester, el huevo fecundado se trasplanta al útero de la madre. Pero podría perfectamente instalarse en el de otra mujer. El espectro de la «madre receptáculo» ha sido agitado con profusión en Inglaterra. Han tenido éxito una serie de preguntas «slogan»: «¿Permitiría usted que otra mujer llevase dentro a su bebé?». Y no dejan de tener fundamento. Una londinense, de veinticinco años, madre de dos niños y «nurse» de profesión, se ha presentado voluntaria para acoger en su seno a un bebé ajeno. «Para prestar un servicio», ha precisado. Un célebre embriólogo de la Universidad de Birmingham, el doctor Jack Cohen, ha fijado en veinte mil libras el precio del alquiler de un útero por nueve meses. Ya se han utilizado «conejos», a falta de probetas, para el transporte de óvulos humanos de Oldham a Cambridge. Y ya se están buscando respuestas a los problemas jurídicos, psicológicos y sociales que presentan las eventuales madres «prestadas».

¿Quién será la madre legal del «bebé probeta»? ¿La que lo ha concebido o la que sufre el parto? ¿Cuáles serán las relaciones afectivas entre la madre «incubadora» y el niño que ésta se verá obligada a devolver a la madre «ponedora»? ¿Quién impedirá que las madres «por poder» se «prostituyan» no por necesidades de la medicina, sino para asegurar la felicidad de ricas hembras preocupadas por sus carreras o por la conservación de sus cuerpos? «Se terminará —dicen en Inglaterra— asistiendo a la producción de bebés de la élite por madres proletarias».

Este problema no se les plantea a los futuros padres del primer bebé *in vitro*. Una vez fecundado, el huevo regresará al útero materno. Pero llegará el día en que las mujeres podrán elegir entre una placenta artificial y otra natural. Concebido en el laboratorio, el embrión proseguirá su gestación hasta el final. Por el momento, no obstante, ni siquiera el más diabólico de los biólogos ha llegado a conservar un huevo de mamífero fuera del organismo materno durante más de dos semanas.

Para la pareja cobaya británica, el objetivo de la «pequeña operación» no representa ambigüedad alguna: remediar la esterili-

dad de Sylvia Allen. Pero la finalidad estrictamente médica de esta operación no excluye las demás, más equívocas. A partir del momento en que, mediante juegos de probetas, uniones de genes y construcción de cromosomas, puedan fabricarse individuos por encargo no sólo cuantitativa, sino también cualitativamente hablando, todas las conjeturas estarán permitidas. Los padres podrán, por ejemplo, determinar el sexo de su hijo, ya que es actualmente posible reconocer el sexo del huevo humano apenas fecundado. No tardarán mucho los padres en poder tomar una decisión respecto al cambio de sexo de sus criaturas: una simple manipulación de cromosomas... (Un reciente sondeo realizado en Estados Unidos revela que, si los padres tuviesen plena libertad para elegir el sexo de sus hijos, nacerían cincuenta y cinco varones por cada cuarenta y cinco hembras.)

El sexo y, ¿por qué no?, el color de los ojos, el tinte de los cabellos, la complexión.

## Noventa y seis gemelos

Se puede llegar muy lejos. Un Estado podría, en un caso límite, suplantar a los padres a la hora de decidir los caracteres de las nuevas generaciones: «¿Qué impedirá a un general encargarse de cien mil "soldados-probeta" para su estrategia personal?», se pregunta el doctor Kit Pedlar, investigador de la Universidad de Londres. «La ingeniería biológica —dice— no es ninguna utopía».

La producción en serie aplicada a la biología (recordemos los noventa y seis gemelos idénticos haciendo funcionar noventa y seis máquinas idénticas en «El mejor de los mundos»), la «nacionalización» de la genética, el «Estado-probeta», son imágenes de «ciencia-ficción» que se aproximan cada vez más a la realidad. «La edad de oro de la biología acaba de comenzar...», observan los científicos. A lo que los británicos, tras haberse entregado durante una semana a las más extravagantes «variaciones sobre una probeta», contestan: «Wait and see» («Ya veremos»)... Como si se tratase de un nacimiento normal. Esta vez, su conocida flemma es meritoria: el rostro del futuro niño puede tener las facciones de un monstruo. ■ M. R.

# hablan los protagonistas

Por WILLIAM WATSON

Londres.—El experimento de los doctores Patrick Steptoe y Edwards ha desencadenado un vendaval de opiniones. ¿Pretender fecundar el óvulo de una mujer con los espermatozoides de su esposo! Pero... ¿cómo puede realizarse? El método, según lo explican los médicos antes citados, es fecundar el óvulo de una mujer estéril en un medio artificial para después «inertárselo» en el útero y dejar que se vaya desarrollando por medios naturales.

Kenneth Allen ha declarado: «Estamos dispuestos a conseguir ese hijo, cueste lo que cueste», afirma.

Los periodistas europeos están tratando por todos los medios posibles de entrevistar conjuntamente a los protagonistas de este clamoroso suceso, pero todo es inútil. El doctor Steptoe prosigue con sus experimentos en el hospital general de Oldham y rehúye a la prensa. Le hemos llamado por teléfono y, después de muchos ruegos, ha accedido a hablar de una forma bastante breve:

*"Tengo demasiados quebraderos de cabeza. ¡Estoy asustado ante tanto escándalo por una cuestión tan simple! De momento, no quiero decir más que lo que he dicho. Mi colega el doctor Edwards y yo hemos pensado organizar un 'symposium' de medicina dentro de uno o dos meses para tratar sobre el tema que ahora nos ocupa. La verdad es que nunca creí que mucha gente culta se escandalizase ante estos experimentos que están, por completo, dentro de la biología. Sólo queremos saber hasta dónde llega la fertilidad de la mujer natural o artificialmente y ver la posibilidad de que las féminas que por uno u otro motivo no pueden ser madres, tengan descendencia. El óvulo fecundado será injertado en el útero de la mujer y en el vientre materno proseguirá la fecundación por procesos enteramente normales".*

## ¿Cómo se realizará la «inseminación» en el óvulo materno?

El espermatozoides del hombre, recogido después de un acto de polución onanista, es inyectado en el óvulo femenino anteriormente extirpado. El óvulo se guarda en un tubo de ensayo debidamente acondicionado, y allí se deja «germinar».

En el caso de que el óvulo fecunde, se esperará un tiempo determinado para «trasplantarlo» al útero de la mujer para que allí prosiga su desarrollo normal. Teólogos y moralistas no se ponen de acuerdo a la hora de emitir sus juicios, y quizá más adelante, cuando el tiempo serene las conciencias, es posible que haya una mayor coincidencia en todos los juicios.

Sylvia Allen está dispuesta a someterse a toda clase de experimentos para ser madre. Su alegato contra las personas que la critican es el siguiente:

*"Yo no puedo, por varios motivos, tener hijos. En este experimento del doctor Steptoe el óvulo a fecundar es mío y el espermatozoides es de mi esposo. ¿No va a ser hijo mío ese engendrado en la probeta o en mi vientre con los elementos esenciales sacados del cuerpo de mi esposo y mío? Hay mucha hipocresía y mucha cobardía en el mundo y yo sé que muchas mujeres estériles que ahora me critican están esperando, en el fondo, que este experimento salga bien para someterse ellas después a la misma 'operación' a la que me voy a someter yo".*

Optimismo y pesimismo son las fuerzas que circundan estas experiencias. Los científicos discuten acaloradamente sobre la cuestión. El doctor Steptoe, cabeza visible del experimento, declara:

*"Existen muchos imponderables en toda clase de experimentos. La Medicina es sabia, aunque nosotros no lo seamos. Pero yo estoy seguro de que puedo 'plantar' un niño fuera del claustro".*



El ginecólogo Patrick Steptoe, del hospital general de Oldham (Manchester), protagonista, con el doctor Edwards, de la Universidad de Cambridge, de la primera «fabricación genética», cuyo proceso será el siguiente: sacar óvulos del seno de Sylvia Allen y semen de su esposo para formar un embrión sano, cultivar el embrión en probeta hasta que alcance cierto grado de maduración y, finalmente, plantarlo en el útero de la mujer para su gestación normal.

Estos ensayos 'in vitro' no vienen más que a reafirmar su posición ante estos experimentos que constituyen un atentado contra la moral".

Sin embargo, otros religiosos han afirmado cautamente que todo aquel experimento que contribuya al bien de la Medicina debía ser considerado legal después de un detenido estudio por parte de autoridades competentes desde las vertientes Iglesia-Estado. Pero la cuestión es que no hay un juicio definido. Unos están a favor y otros en contra; ambas facciones, apasionadamente defendiendo sus posturas. Muchos colegas de los doctores Steptoe y Edwards afirman que el experimento será un «rotundo fracaso» y que debía de ser prohibido. Otros, más moderados en sus opiniones, dicen que «es posible que se llegue a un éxito total», que hay que arriesgarse como en los trasplantes de corazón. Y los optimistas —que en este caso son los menos— afirman de una manera claramente categórica el éxito de este experimento.

El doctor Steptoe, preguntado si no se molestaba ante las críticas sangrantes de cierto número de colegas, nos contestó:

"Yo soy un hombre que lucha

**«Hay mucha hipocresía en el mundo», dice Sylvia Allen.**

materno. No puedo predecir cuánto tiempo vivirá el niño, pero lo que sí sé es que vivirá. Luego, con el tiempo, se irán corrigiendo defectos y errores y es muy posible que estos partos lleguen a ser completamente normales en la sociedad en que vivimos".

Entre los que contradicen al doctor Steptoe hay un eminente científico, el doctor Douglas Bevis, de la Universidad Central de Sheffield, que afirma que el experimento de su colega fracasará. El doctor Bevis, hombre que lo ha «hecho todo» sobre inseminaciones artificiales, manifiesta:

"Yo he logrado fecundar óvulos de mujer en tubos de ensayo hace ya algunos años, pero los resultados fueron a todas luces negativos, ya que los 'organismos vivos' murieron a los pocos días. Podríamos decir que los óvulos son 'abortivos' fuera de su lugar original. En cualquier maternidad son bazas decisivas las acciones conjuntas de los organismos naturales de la mujer y de sus funciones. Un óvulo fuera del cuerpo femenino experimentará una serie de anomalías que, por el momento, no pueden corregirse. Quizá se llegue a resultados positivos; pero, de momento, la paz en la mujer es la única capaz de solucionar estas anomalías".

#### El Gobierno y la Iglesia ante estos experimentos: ¿pueden resultar inmorales?

Las dos fuerzas de choque legales en toda clase de experimentos son, indudablemente, el Estado y la Iglesia. Sobre el «niño plantado» se han emitido los juicios más dispares y las opiniones más deslabazadas. En Londres, en el Parlamento, se han suscitado las controversias más apasionadas sobre la licitud moral y humana de estos ensayos. Oficialmente, el Parlamento no se ha definido. Están, como se dice vulgarmente, en «compás de espera». Un miembro del Gabinete Wilson, sir Solly Zuckerman, ha afirmado:

"De momento, no podemos emitir un juicio sobre el asunto que ahora nos ocupa. Es posible que este experimento del doctor Steptoe u otros ensayos por el estilo obliguen a los Gobiernos a establecer una serie de controles legales que en este momento no existen".

Por su parte, monseñor Fausto Vallainc, portavoz oficial de la Santa Sede, ha criticado estos experimentos desde un punto de vista totalmente moral. El ilustre prelado dice:

"Estos experimentos y otros similares pueden ser considerados moralmente ilícitos. La condena por parte de la Iglesia de

contra el mal, contra la enfermedad, como cualquier médico. Me gustaría que muchas mujeres estériles tuviesen descendencia. Mi posición moral y humana es buena, aunque se preste a críticas de todo tipo. Y aquí convendría traer a colación a Christian Barnard. Cuando él comenzó con sus trasplantes se le llamó desde 'carnicero' hasta loco. Sin embargo, muchos de los que le negaban están ahora a su lado. ¡Yo siempre defendí los experimentos de Christian Barnard!".

Por su parte, Christian Barnard, en su reciente viaje a Londres, manifestó que los experimentos del doctor Steptoe eran «sumamente interesantes y que algún día —en el caso de que fallasen al principio— llegarían a contribuir grandemente a la felicidad de muchas mujeres que actualmente no tienen descendencia». El profesor Barnard dio una breve charla acerca de la cantidad de matrimonios que fracasaban por no tener hijos, y dijo que el triunfo del ensayo de Steptoe uniría a muchos matrimonios. Cuando un colega de la revista médica «Hippocratic» le notificó al doctor Steptoe la opinión del doctor Barnard, el científico declaró:

"Me siento muy honrado por la opinión de tan ilustre colega y ello viene a darme la razón en una cosa: en la Medicina hace falta mucho optimismo, mucho espíritu juvenil... ¡Y Barnard posee las dos cosas!".

#### Sylvia Allen dice: «Estoy dispuesta a sacrificar mi vida por tener un hijo»

La señora Sylvia Allen, de treinta y cuatro años, es la mujer que se ha prestado para oficiar como «cobaya humana». Sin embargo, a la señora Allen le ha salido una seguidora, la señora Marlene Shepherd, casada y con un hijo adoptivo, quien se ha puesto en comunicación con el doctor Steptoe para ofrecerse al experimento. Marlene Shepherd, casada y con un hijo adoptivo, nos dice:

"Estoy dispuesta a someterme a cualquier clase de operación o 'injerto' con tal de que pueda ser madre, de que pueda tener un hijo propio. Por eso comprendo y alabo la valentía de la señora Allen, que dice que está dispuesta a sacrificar su vida por tener un hijo".

Por su parte, los esposos de estas «pioneros» del «trasplante de hijos», los señores Kenneth Allen y Shepherd, se confiesan admirados ante la decisión y valor de sus respectivas esposas. El señor Allen afirma que su esposa no le consultó nada y que ella se entrevistó personalmente con el doctor Steptoe para ofrecerse al experimento. Por su parte, mister Shepherd confiesa:

"Yo, la verdad, tengo mucho miedo a que mi esposa sufra algún percance grave que pueda poner en peligro su vida, pero no me opongo a sus deseos. Todos sabemos que la máxima realidad, la más grande ambición de una mujer es tener hijos. Nosotros tenemos uno adoptivo al que queremos con toda el alma, pero ella quiere tener uno 'suyo', de su propia sangre. Dios quiera que todo salga a la perfección".

#### La «plantación» de un hijo es un experimento de hace veinte años

Los detractores de los doctores Edwards y Steptoe niegan valor a los ensayos de estos dos científicos alegando que estos experimentos ya tienen veinte años de vida. Los alegatos de estos detractores se ven fortalecidos por las recientes declaraciones del profesor Douglas Bevis, quien tampoco comprende la sorpresa de muchos colegas ante los proyectos de Edwards y Steptoe. El profesor Bevis dice:

"Hace ya años, varios profesores, entre ellos los doctores Menkin y Shettles, llevaron a cabo experimentos del mismo tipo. Estos ensayos se remontan a hace unos veinte años. De momento, no se puede decir si serán totalmente negativos. Yo no creo en ellos, pero éste tampoco es motivo para dudar de la categoría profesional del doctor Steptoe y demás colegas. No todo es nuevo en la Medicina de hoy. Los experimentos del doctor Steptoe tampoco lo son, pero como la Medicina se va remozando y sobre el tema de 'trasplantar' hijos no se ha hecho nada positivo todavía, yo, como médico, debo decir ¡adelante!, aunque sea muy pesimista en los resultados finales".

El tema está en liza. Los doctores Steptoe y Edwards tienen plena confianza en el resultado de sus pruebas y solamente esperan el permiso necesario para llevarlas a cabo. La cuestión a dilucidar es la siguiente: ¿Qué pasará?... ¿Se podrá, efectivamente, trasplantar un hijo?... En caso positivo, ¿sobrevivirá el pequeño?... La aventura es realmente apasionante. «El campo de la biología es más interesante que la conquista espacial», según el decir del profesor Bevis. Y tiene razón. La aventura médica de los doctores Steptoe y Edwards es verdaderamente impresionantemente terrorífica..., ¡esperanzadora! Esperemos, pues, que tales experimentos se lleven a feliz término.

■ W. W.

Copyright RADIAL PRESS.

Todos los derechos reservados. Prohibida la reproducción total o parcial aun citando la procedencia. Londres, 1970.